sar, sacramentado, en la pobre barquilla de mi alma; y que, cuando los vientos soplan y las tempestades me ponen en peligro de perecer, un solo grito mío: *perimus!...* basta para despertarte. ¡Oh felicidad de la santa Comunión! ¡oh poder de la oración y de la confianza eucarística! Mas quizá también nos dirá el Taumaturgo divino: *Quid timidi estis, modicae fidei?* (1): ¿de qué teméis, hombres de poca fe?... ¡Reproche bien merecido!

Cuando después leo en la narración evangélica aquel *Ipse dormiebar:* que Él domía a pesar del fragor de la tempestad, y que dormía profundamente en una barca cubierta ya por las olas y próxima a perecer, *Ipse vero dormiebat;* cuando leo que se acercaron a Él y le despertaron y fueron salvos; cuando reflexiono que es Él, Él mismo, el que viene a nosotros en la santa Comunión, me persuado de que no puede haber en nuestra vida tempestades, por grandes que sean, que, por lo menos, poco a poco las Comuniones no calmen. Y si, no obstante las Comuniones, continúa la tempestad y no sobreviene la calma, y estamos a punto de perecer, señal es ésta de que Jesús duerme aún en nuestras almas; no hemos sabido rogar y por eso no hemos sabido despertarle y merecer su auxilio.

IX. Dihosa, pues, el alma eucarística, barquilla de Jesucristo, tan querida por Él como aquélla de Pedro y de Juan, y por Él tan protegida como lo fue aquélla en el mar tempestuoso de Genesaret. Dichosa ella, que en la oración halla su defensa, refugio y salvación; en una palabra, allí encuentra toda su santificación. Sí, toda su santificación, puesto que es indudable que cuanto más gracia santificante se tiene, tanto más elevada es la santidad; mas es cierto que el medio ordinario para obtener la gracia es la oración, según el oráculo divino: «Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y os abrirán. Porque todo aquél que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá» (1).

(1) Mat. VIII, 26.
(1) Mat. VII, 7-8.

Por eso, quien más ora es más santo, porque recibe más gracias, las cuales forman los santos, y así podía muy bien decir San Agustín: *Recte movit vivere, qui recte movit orare,* sabe vivir bien, quien sabe orar bien. La oración es como un acueducto de agua que brota del Paraíso; y el alma de oración, como la eucaristía, es semejante a un rosal plantado a la orilla de los arroyos. Aun seríamos más precisos si dijésemos que, para el alma que posee el espíritu de oración, Dios es más particularmente fuente de vida eterna.

X. ¡Oh, alma afortunada que vives de la Comunión, eucarística Samaritana, qué bien se aplican a ti y en ti se cumplen las palabras solemnes dichas por Jesús junto al pozo de Jacob! Jesús Sacramentado todas las mañanas te dice: *Da mihi bibere* (1), «dame de beber». Aún más, es Él mismo quien te invita a beber en su corazón y apaga tu sed. *Si scires donum Dei,* ¡si tú conocieras qué don de Dios sea la santa Comunión! ¡si conocieras quién sea Aquél que, entrando en tu pecho, te pide de beber! Él es manantial de agua viva, manantial que viene todas las mañanas a brotar en tu corazón, produciendo y alimentando en él el surtidor de la oración; aquel surtidor que te refresca, oh alma eucarística, te restablece y riega tu espíritu cada instante; aquel surtidor que nunca disminuye, recibiendo todas las mañanas nueva agua, nueva fuerza y nuevo ímpetu. Cesará sólo con la última Comunión y con el último latido de tu corazón, cuando al surtidor de la oración en el tiempo, sucederá el surtidor de la gloria en la eternidad.

Pero como la jornada eucarística no resulta de sola la oración, sino también del trabajo, el capítulo sobre la primera exige luego el capítulo sobre el segundo. La oración y el trabajo se iluminan y completan mutuamente, y son las dos alas, batiendo las cuales, el alma eucarística vuela continuamente alrededor del Tabernáculo y se eleva hacia el cielo.

(1) Jo. V, 7.

CAPÍTULO XIII

LA JORNADA EUCARISTICA

2.º — TRABAJO: ¿POR QUÉ?

I. El que ama la oración, ama la fatiga; el hombre de oración es amante del trabajo; cuanto más piadoso y recogido sea, tanto más trabajador será. El ocio y la holganza no han formado jamás santos. He ahí por qué el alma eucarística, consagrando el día a la oración, le consagra igualmente al trabajo. ¡Oh, y cuánta es la importancia, la eficacia, la preciosidad del trabajo santificado por la fe y la gracia!

Si hay almas que tratan de perfección, son precisamente las almas eucarísticas; más perfección quiere decir *fidelidad a todos los deberes.* A todos los derechos renunciaron los santos, exigiéndolo la gloria de Dios y la salvación de las almas, hasta el derecho de la propia vida; a una sola cosa no supieron jamás renunciar: *a sus propios deberes.* El alma eucarística es amante de todos sus deberes; y por eso, es víctima del trabajo como es víctima de la oración.

II. Ante todas las cosas, el primero y principal de nuestros deberes es el de la expiación. Todos hemos pecado; todos hemos contraído deudas delante de Dios; y todos, aun las almas eucarísticas más perfectas, golpeándose el pecho, deben decir: *Dimitte nobis debita nostra.* Ahora bien; *trabajo* quiere decir principalmente *expiación.* Por el pecado de Adán fue maldecida la tierra; el primer hombre pecador oyó de los labios del Señor esta terrible sentencia: «Con grandes fatigas sacarás de ella el alimento en todo el discurso de tu vida. Espinas y abrojos te producirá, y comerás de los frutos que den las yerbas o plantas de la tierra. Mediante el sudor de tu rostro co-

merás el pan, hasta que vuelvas a confundirte con la tierra de que fuiste formado» (1).

El sudor, pues, y los otros trabajos y miserias de la vida fueron las primicias del pecado, y, soportados con resignación, vienen a convertirse en descuento de las penas por él merecidas. Trabajar quiere decir satisfacer a la divina justicia: una gota de sudor tiene el mismo valor meritorio y expiatorio que tiene una lágrima derramada por el dolor. He ahí por qué los santos trabajaron todos y trabajaron tanto.

III. Pero no basta expiar; nosotros tenemos también necesidad de *cautelas*.

¡Ay del jardín que no esté rodeado de muros, o del lirio que no esté circundado de espinas, o del redil que no esté custodiado por los pastores! ¡Pobre tesoro el que no esté encerrado con fuertes llaves; pobre fortaleza no vigilada por los centinelas! Y además, ¡cuánta cautela se requiere para manejar materias combustibles y explosivas! Pues bien, nosotros somos un compuesto de encontrados extremos: de una parte, grandeza, nobleza y valor; por otra, debilidad, miseria y cobardía. Llevamos tesoros preciosos, como el alma y la gracia, pero en vasos de barro, y muchas veces de barro sin cocer; siempre libres y siempre en peligro, entre innumerables enemigos que por todas partes nos rodean para asaltarnos y arrebatarnos nuestros tesoros. Y lo peor es que somos también nosotros materia combustible. Una sola chispa es suficiente para incendiar una iglesia, un templo santo de Dios, y reducirlo a pavesas en pocos momentos. Mas ¡ay! que no es menos activo el fuego que consume las almas. Basta una chispita, una sola, para convertir en cenizas en un solo instante un alma, aunque sea la de Samsón o Salomón, la de David o Pedro, y ¡quién lo pensara!, aun la de Adán y de Eva inocentes. Por eso los santos, por muy santos que fuesen, se rodearon de cautelas y precauciones. Aun la Reina de todos los Santos, aunque inmaculada y llena de gracia, se rodeó también de recogimiento, de modestia y pudor, como hemos indicado más arriba.

(1) Gen. III, 17-19.

Mas el trabajo no es solamente expiación; es también una *preservación* de todo peligro espiritual, antes que nos amenace; y amenazados por él, es salvación, defensa y amparo para nuestras almas. De ahí la célebre regla dada por San Jerónimo a su discípula Eustaquia: *Diabolus te semper inveniat occupatam,* el diablo te encuentre siempre ocupada. Y la otra, impuesta a la virgen Demetria: *Habeto lanam semper in manibus,* ten siempre en las manos el trabajo de la lana. Y con mucha razón recomendaba esto el Santo Doctor, porque no tiene tiempo de pecar, el que no tiene tiempo que perder. ¡Oh! ¡si en el paraíso terrenal nuestra primera madre hubiera estado ocupada! ¡si no hubiese estado libre para entretenerse ociosamente con el demonio!

IV. El trabajo es además una ley de *progreso.* ¿Qué ciencia, empresa o arte puede adelantar sin estudio, sin trabajo ni fatiga? ¿No nos incumbe también a nosotros la obligación de negociar con los talentos y fuerzas que el Señor nos ha dado? ¿No ha dicho Dios: «El justo, justifíquese más y más; y el santo, más y más se santifique?» (1). ¿No nos ha dicho el Salvador: *Negotiamini dum venio,* negociad con estos talentos que os he dado hasta mi vuelta? (2). «¿Y qué es menester negociar con ellos *donec dies est,* entretanto que es de día; porque vendrá para todos la noche, en la cual nadie podrá ya trabajar?» (3). ¿No ha castigado Él a los siervos infieles y a la higuera infructuosa? Por otra parte, ¿no son el cuerpo y el alma, y las fuerzas de éste y las de aquélla, y los dones de la naturaleza y los de la gracia, los que es necesario hacer fructificar, según la voluntad del celestial Patrón? Sobre todo, ¿no es el tiempo el don más precioso de Dios, el don que vale tanto como vale Dios mismo? ¡Oh, y qué estima han hecho los santos del tiempo! Con cuánto celo no santificaban cada una de las horas y cada uno de los momentos, según el oráculo divino: «No te prives de un

(1) Apoc. XXII, 11.
(2) Luc. XIX, 14.
(3) o. IX, 4.

buen día, y del buen don no pierdas ninguna partecita» (1).

Según una hermosa sentencia, grabada sobre un antiguo reloj, los golpes que da *pereunt et imputantur,* perecen y entretanto se nos imputan a mérito o demérito. Ahora bien, son el trabajo, las santas ocupaciones, la actividad, los que negocian el tiempo y todos los otros dones que Dios nos ha concedido; y negociándolos sin descanso y bien, hacen progresar gloriosamente nuestra vida, nuestro espíritu y nuestras virtudes.

V. Y he dicho *gloriosamente;* porque el trabajo, además de ser expiación, cautela y progreso, es también *gloria* del hombre, y especialmente del cristiano. Es más sabroso que el que nos regalan, el pan que nosotros merecemos; es más apetecido y más gustoso el pan regado con el sudor de nuestro rostro, que el que comemos sin habernos antes fatigado para ganarlo. He ahí por qué Adán mismo inocente, creado fuera del paraíso terrenal, fue puesto por Dios y colocado en el paraíso de delicias, *ut operaretur et custodiret illud,* a fin de que lo cultivase y guardase (1). Por tanto, no fue el trabajo en sí mismo consecuencia del pecado, sino el trabajo penoso y fatigoso. El trabajo, en sí mismo considerado, es noble condición, o mejor dicho, noble deber de la creación; Dios no podía destinar el linaje humano inocente a una muelle y eterna ociosidad. Además, trabajar quiere decir *hacer, obrar,* y nada más que esto; hacer con pena, obrar con fatiga, esto es consecuencia del pecado, pero no entra en el concepto del trabajo, como no entra en el concepto de salud la enfermedad.

Si, pues, trabajar quiere decir *obrar,* todo ser que existe, trabaja; porque todo ser que existe, obra; el obrar sigue al ser por necesidad de naturaleza; y el trabajo sigue al hombre por necesidad de creación. El hombre trabajador es más hombre que el holgazán; y podemos todavía añadir que es *más divino y más santo.*

(1) Eccl. XIV, 14.
(1) Gen. II, 15.

Y decimos la verdad; porque, si el obrar sigue al ser, Dios, que es el Ser por esencia, es también el Obrador por esencia: *primer Ser y primer Obrador.* ¡Dios mío, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Vos sois Personas que eternamente estáis obrando! El Padre eternamente engendra al Hijo; el Padre y el Hijo eternamente espiran al Espíritu Santo; el cual, a su vez, eternamente espirado, eternamente ama. Y todas las tres Personas están a la cabeza del universo, visible e invisible, angélico y humano, en el triple reino de la naturaleza, de la gracia y de la gloria: todo lo cual exige operación o trabajo continuo, pero siempre tranquilo y bienaventurado.

Y esta es la razón que hace más divino al hombre trabajador: cuanto más trabaja, tanto más se asemeja a su Creador y tanto más participa de la actividad de Dios, primer Ser y primer Obrador.

VI. Y es también *más santo;* porque la santidad consiste en la conformidad con Jesucristo, que es el Primogénito de los santos.

¡Adorable Maestro! todos vuestros títulos gloriosos los recordamos a menudo y facilísimamente; pero hay uno, tanto más hermoso cuanto más humilde, el cual debíamos recordar con más frecuencia, sobre todo, cuando ponemos nuestras manos en el trabajo, y mucho más cuando el trabajo nos fatiga. Este título es aquel que las gentes os daban cuando se preguntaban admiradas: *Nonne hic est faber, filius Mariae?:* «¿No es éste aquel artesano, hijo de María?» (1).

¡Ah! nuestro Salvador, hasta la edad de treinta años, fue conocido y llamado *obrero;* y este fue verdaderamente su oficio. ¡Oh instrumentos del trabajo, desde el momento que fuisteis tocados por las manos de Jesús, habéis sido santificados, elevados y convertidos en instrumentos de martirio, blasones de mérito y trofeos de gloria! Pues para el inmortal Hijo de María, el ser llamado «*Faber*», *Obrero,* es tan glorioso, como glorioso es el

(1) Mc. VI, 3.

ser llamado *aeternus Deus, aeternique Patris, Filius,* Dios eterno e Hijo del Eterno Padre.

VII. He ahí repito, por qué los santos trabajaron: cuanto más santos, más trabajadores fueron. No podemos leer las dulces palabras del Apóstol San Pablo sin viva conmoción de nuestro espíritu: «Yo no he codiciado de nadie plata, ni oro, ni vestido, como vosotros mismos lo sabéis; porque cuanto ha sido menester para mí y para mis compañeros, todo me lo han suministrado estas manos» (1). A los fieles de Corinto escribía: *Laboramus operantes manibus nostris,* «nos afanamos trabajando con nuestras propias manos» (2). Y a los de Tesalónica: «Os acordaréis, hermanos, de nuestros trabajos y fatigas: cómo trabajando de día y de noche, a trueque de no gravar a nadie, predicamos ahí el Evangelio de Dios» (3). En la segunda carta a los mismos, les dice también: «No comimos el pan de balde a costa de otro, sino con trabajo y fatiga, trabajando de noche y de día, por no ser gravosos a ninguno de vosotros». Y protesta haberlo hecho así: «A fin de daros en nuestra persona un dechado que imitar». Y concluye con esta sentencia: *Si quis non vult operari, nec manducet,* «quien no quiere trabajar, tampoco coma» (1).

El hombre, pues, más trabajador es más santo, porque se asemeja más al *Obrero divino* y a todos los Santos del Evangelio y del Cristianismo.

VIII. Mas si hubiésemos menester de más razones para persuadirnos de la preciosidad del trabajo, bastaría la sola enseñanza de la fe, la cual nos dice que el justo con cualquiera obra que hace, por pequeña y despreciable que sea, merece un grado de gracia en vida, y después un grado de gloria para el cielo.

¡Oh santa Fe, qué dulces son tus enseñanzas! No sólo

(1) Act. XX, 33-34.
(2) I Cor. IV, 12.
(3) I Thes. II, 9.
(1) 2 Thes. III, 8-10. El mismo incrédulo Proudhon escribió: «Es el más hermoso rasgo de la vida de San Pablo, cuando dice que hacía esteras para no ser gravoso a los fieles».

cada una de nuestras oraciones, sino también cada una de nuestras fatigas y trabajos, por pequeños que sean, si los hacemos bien, se convertirán en flores y piedras preciosas que adornarán nuestra corona en la patria bienaventurada. Sin hacer obras extraordinarias, con sólo hacer bien lo que por otra parte estamos obligados a hacer, según nuestro estado, ¡oh! ¡qué tesoro, sin advertirlo, encontrará nuestra alma en el instante de la muerte!...

Ved ahí las razones altísimas que del alma eucarística hacen un alma amante del trabajo. Trabaja, ante todo, por la gloria de Dios, para agradarle y cumplir su santísima voluntad. Mas Dios quiere que trabaje también en expiación de las culpas, para precaverse de sus flaquezas, para negociar con los talentos recibidos y enriquecerse de méritos; que trabaje, porque es gloriosa la fatiga, dulce y sabroso el pan ganado con el sudor de nuestro rostro; porque trabajaron los santos, trabajan los ángeles... y Dios, Dios mismo trabaja.

IX. Entre todas las Fundadoras, ninguna estimó tanto el trabajo y tanto lo recomendó a sus hijas, como la mencionada ya en otra parte, Santa María Magdalena Postel, fundadora de las Hermanas de las Escuelas Cristianas de la Misericordia.

A los superiores eclesiásticos y civiles, cuando le preguntaban dónde tenía sus rentas: «Helas aquí, respondía prontamente mostrándoles sus manos. Nuestras rentas están todas puestas en la Providencia y en nuestras manos».

Solía también decir: «Prefiero diez francos ganados con mis manos, que mil recibidos de limosna, los cuales ciertamente habrán sido quitados a otros pobres». Y canturreando añadía: «Trabajar es orar. En la casa del Señor, no estemos nunca ociosas, hijas mías: el trabajo es oración».

En la hora de su muerte, no pudiendo ya hablar, abrió su libro, lo hojeó, halló su sentencia predilecta y con el dedo se la mostró a sus hijas. Era la sentencia de San Bernardo, que dice: «El religioso que no trabaja, no

es digno de ser religioso.» Esta sentencia fue su testamento.

Todos los santos, pues, trabajaron. Mas ¿cómo trabaja el alma eucarística? Aquí está su secreto.

CAPÍTULO XIV

COMO TRABAJA EL ALMA EUCARISTICA

I. En los sagrados Cánticos el celestial Esposo, instruyendo al alma, le dice: «Ponme por sello sobre tu corazón, ponme por marca sobre tu brazo» (1). Nuestro brazo es tan grato a Jesús, como le es grato nuestro corazón; y debemos decir que es tan celoso de nuestro trabajo, como lo es de nuestro amor, si Él mismo, cual sello y marca, quiere ser puesto en el uno y en el otro.

El brazo, pues, y el corazón deben estar siempre en perfecta relación y armonía; y así lo están de hecho para el alma eucarística, la cual trabaja como ama, y ama como trabaja. Con aquel mismo fervor, lleno de suavidad y dulzura, con que su corazón se entrega a la oración, sus brazos se entregan al trabajo; con aquel recogimiento y con aquella pureza de intención con que abre su libro de piedad, con estas mismas santas disposiciones comienza su trabajo. Ora para agradar a Dios, y trabaja para agradar también a Dios.

¡Qué infeliz sería el alma eucarística, si Jesucristo no hubiera trabajado! Pero también Él trabajó, también Él sudó y se fatigó; y con estos pensamientos es dichosa el alma. Trabajar, pues, bajo la mirada y sonrisa de Jesús, trabajar como Jesús trabajaba, trabajar juntamente con Jesús, los dos a la vez: Jesús desde dentro y ella por de fuera, he ahí, he ahí precisamente el trabajo del alma eucarística.

III. Su compostura exterior, aun trabajando, demuestra bien a las claras estar llena del pensamiento de

(1) Cant. VIII, 6.

la presencia de Dios y de la de su Amado, con quien palpita, respira y vive. No sólo el corazón, mas también el cuerpo ora; el amor es la oración del corazón, la compostura exterior es la oración del cuerpo. Y no es solamente oración corporal la compostura exterior, sino que es la mortificación más excelente y más santa del mismo cuerpo; es la mortificación misma de Cristo, que compenetra nuestra carne, y, difundiéndose por todo el cuerpo, deja entrever a través de ella la vida íntima de Jesús. Junto a un alma recogida y compuesta exteriormente, se respira el olor y se siente la presencia de Jesucristo. De ninguna alma, como del alma eucarística, habituada al recogimiento y compostura exterior, se cumplen las hermosas palabras del Apóstol San Pablo: «Traemos siempre en nuestro cuerpo por todas partes la mortificación de Jesús, a fin de que la vida de Jesús se manifieste también en nuestro cuerpo» (1). ¡Cuán dignas de meditarse son estas palabras del Apóstol!

III. Imaginaos ahora, si podéis, la manera como trabajaba María en los nueve sagrados meses que llevó en su castísimo seno al Verbo de Dios hecho hombre; imaginaos cómo trabajaría después, cuando Jesús era pequeñito y uando fue ya adolescente. ¡Misterios adorables que constituirán siempre las delicias de las almas contemplativas! La Virgen Santísima con un brazo tendría estrechado contra su pecho al Niño Jesús, y con el otro trabajaría; o bien teniendo sobre sus rodillas a su Amor, trabajaba con sus manos. Y cuando la naturaleza del trabajo se lo impedía, entonces recostaba dulcemente al divino Niño sobre la cuna, si aun era tierno infante, o lo sentaba sobre una pequeña silla, y arrodillada, o sentada delante de Él, la dichosa Madre trabajaba.

Trabajaba también delante de Él, cuando fue ya jovencito hermosísimo, que, como palma virgen, en la presencia de la Madre, crecía en edad, sabiduría y gracia; trabajaba delante de Él, hecho adulto y súbdito suyo. La Madre trabajaba junto al Hijo, y el Hijo, a su vez, lo hacía

(1) 2 Cor., IV, 10.

también ante su Madre y junto a Ella. ¡Cuántas veces se aplicaron los dos a un mismo trabajo! ¡cuántas veces se ayudaron mutuamente para después sentarse juntos a una misma mesa y dividirse el mismo pan!

¡Afortunada Madre, y también afortunadas las perfectas almas eucarísticas, hijas las más bellas y las más próximas a tan santa Madre y esposas las más dignas y las más enamoradas del Nazareno! ¡Bienaventuradas ellas! pues también trabajan bajo la mirada y dulce sonrisa de Jesús, y con la certeza de que Jesús, desde su propio corazón, las mira, asiste y bendice. En los sagrados Cánticos está escrito: «Vedle cómo Él, mi Amado, se pone detrás de la pared nuestra, cómo mira por las ventanas, cómo está atisbando por las celosías» (1). ¡Ah! es nuestro propio cuerpo la pared de carne que impide en nosotros la presencia de Jesús; es nuestro pecho la celosía, y nuestro corazón la ventana del Amado. Y el alma eucarística en todas sus ocupaciones y fatigas, y en todos sus pasos, lleva a Jesús consigo y lo siente. Sí, siente que Jesús la mira desde la ventana de su corazón y la sonríe desde la celosía de su pecho.

IV. Cuando la B. Angela de Foligno, al hacer la señal de la santa cruz, decía, poniendo la mano sobre el pecho: «y del Hijo...» «¡Aquí estás, exclamaba, oh divino Hijo, debajo de mi mano, debajo de la punta de mis dedos, en mi pecho!»

Para mantener más vivo este pensamiento, el alma eucarística se esfuerza en trabajar como Jesús trabajaba; el cual, como asegura el Evangelista: «hizo todas las cosas bien». Hacer todas las cosas bien para agradar a Jesús, ¡cuánta nobleza y fineza están encerradas en esta aspiración! Cuando después en sus trabajos, cualesquiera que ellos sean, espirituales o materiales, se ofrecen dificultades, o se interponen obstáculos; cuando le vencen la confusión, el desaliento y la fatiga; cuando se cometen errores, y el trabajo no agrada a las criaturas, o es censurado y desaprobado... en todas estas pruebas, el alma se

(1) Cant. II, 9.

vuelve a Jesús, y gimiendo le pide su ayuda y socorro: «Atiende, oh Dios, a mi socorro: acude, Señor, luego a ayudarme» (1). Y siente que Jesús le ayuda, da la mano y hace de cirineo; y las dificultades se resuelven fácilmente, los obstáculos desapareen, se recobra el ánimo y se continúa el trabajo con dulzura y alegría; porque se trabaja bajo la mirada amorosa de Jesús, como trabajaría Él y con su misma ayuda; y también porque, cuando haya terminado su trabajo, se lo ofrecerá a Jesús. ¡Oh! cuánta fuerza infunde este pensamiento: «Todos mis trabajos, todas mis fatigas, todos mis sudores se los ofreceré a Jesús». ¿Podré ofrecer a mi Señor obras imperfectas, como los dones de Caín? No; con la gracia divina, todas mis obras, todos mis trabajos, todas mis fatigas serán como las primicias de Abel; serán oloroso perfume, o, por lo menos, granos de incienso. «¡Todo bien hecho con Jesús y para Jesús!»

Por algunos días se vio a la Beata Isabel de Francia toda ocupada en hacer un gorro. Era el primero que hacía; mas ponía en ello tanta atención que, si hubiese trabajado en hacer ornamentos sagrados, no la hubiera puesto mayor. Lo advirtió su hermano, San Luis IX, y, sabiendo cuánto ella le amaba, le dijo: «Isabel, este gorro será ciertamente para mí». «No, Luis, replicó su angelical hermana; éste es para un pobre; el segundo será para ti».

En el pobre, Isabel de Francia veía a Jesucristo; y trabajaba el gorro con tanto cuidado y delicadeza, como hubiera tenido si hubiese debido servir a la persona misma de Jesucristo.

V. Aun el mismo alivio de la fatiga, las mismas recreaciones, saben las almas de Dios elevarlas y santificarlas.

Se narra de San Juan Berchmans que un día, estando jugando a la pelota, se le acercó el P. Maestro y le dijo:

—«Hermano Juan, si en este momento hubieseis de morir, ¿qué haríais?»

(1) Ps. LXIX, 2.

—«Padre —respondió prontamente el Santo—, seguiría la partida».

—«¿Cómo? —replicó el Maestro— ¿quisierais morir jugando?»

—«¿Por qué no, Padre? ¿Juego acaso por mi voluntad? ¿no juego para cumplir la santa obediencia, que me manda que juegue? ¿se podrá morir mejor que cumpliendo la obediencia?»

Y el alma enamorada de Jesús, en la misma recreación, no sólo no pierde el mérito del alivio, sino que ni siquiera pierde de vista a su Amado, por el cual ha trabajado y por el cual acepta también las horas de recreación.

Obedecía la pequeña Isabel de Hungría cuando se le ordenaba que jugase junto con otras niñas en su palacio real; y al verla parecía que había nacido para el juego. Sin embargo, jugando, un pensamiento la dominaba; no lo daba a entender, pero sólo a aquel pensamiento servía todo el juego. Recreándose, hacía pasar a sus compañeras de habitación en habitación, y, llegaba a una última, se separaba de las demás un instante, se acercaba a la puerta cerrada de la capilla real, donde estaba el Santísimo Sacramento, y desde el agujero de la cerradura: «Jesús mío, le decía, Isabelita juega, pero no os olvida; bendecid a vuestra pequeña sierva». Y tornaba al juego; volvía de nuevo a dar la vuelta por todas las habitaciones, y otra vez se llegaba detrás de la puerta de la capilla sacramental para hablar a su Amado.

Acordaos de Santa Gertrudis, la cual vivía girando en torno de Jesús, contemplándolo siempre, al mismo tiempo que con las manos trabajaba.

VI. El carácter de las almas eucarísticas, transformado por la gracia, poco a poco se vuelve habitualmente flexible, dócil y tratable. Por tanto, se presta fácilmente a todas las exigencias de la caridad; a ayudar, a socorrer hasta donde sus fuerzas y su condición se lo permiten. Pudiendo, no sabe negarse, no sabe decir a nadie que no; siempre dice sí. Un no absoluto es sólo para la tentación, para el demonio y el pecado. Cada una de esas almas es

el ángel de su familia; y si es religiosa, es el ángel de su monasterio o de su convento. Piensa en todos y a todo se presta; todo lo prevé y a todo provee.

Como la Madre divina, María Santísima, que corrió prontamente al lado de Isabel, apenas entendió el estado en que se hallaba, y permaneció a su lado para servirla cerca de tres meses; y como después, en las bodas de Caná, su mirada maternal descubrió que faltaba el vino, e hizo obrar el primer milagro a su divino Hijo; así es el alma eucarística. Su brazo es todo actividad, como es todo actividad su orazón; solícita como Marta, recogida como María; como Marta, sin merecer reproche alguno; como María, sin descuidar sus obligaciones. Este es el gran secreto de las almas eucarísticas, hacer de Marta y María simultánea y constantemente.

VII. No es singular en sus acciones, pero es singular en la perfección con que las hace; sus trabajos son trabajos de criatura, más los ejecuta como si fuera un ángel. El elogio explícito que fue hecho de San Bernardo por el autor de su vida, implícitamente se puede también hacer de cualquier alma eucarística. Del Santo fue escrito: *Erat in ordinariis, non ordinarius,* en las acciones ordinarias, era extraordinario; tan grande era la perfección con que las ejecutaba. Y este otro: *Totus exterius laborabat, et totus interius Deo vacabat,* estaba al mismo tiempo todo ocupado en el trabajo exteriormente, y todo recogido en Dios interiormente.

El lugar, en donde trabaja el alma eucarística, no se sabe si es sala de trabajo u oratorio; tan grande es la calma, tan grande el silencio y la paz divina que allí reinan. Su postura predilecta es siempre aquella que le hace tener la cara vuelta hacia alguna iglesia, hacia algún Tabernáculo. Diríamos que entre ella y aquel Tabernáculo, o mejor dicho, entre su corazón y todos los Tabernáculos hay acuerdo convencional, hilo conductor, corriente misteriosa. Si el alma eucarística trabajase en la iglesia, delante del mismo Santísimo Sacramento expuesto, no podría ni trabajar más ni mejor de lo que trabaja en su casa, o donde Dios la quiere. Para los instrumentos de su

trabajo ella tiene también gran veneración, porque son ellos los instrumentos de su deber y de su martirio amoroso.

VIII. Hasta que el sol se oculta, y la noche llega... Llega la noche, esta hora tan amada y solemne de la vida humana. De la paloma, que por la mañana Noé mandó fuera del arca la segunda vez, fue escrito que volvió a él por la tarde, trayendo en el pico un ramo de olivo con las hojas verdes (1). ¡Qué hermosa es esta paloma que, después de haber trabajado para procurarse el alimento durante el día, al caer de la tarde, vuelve a su nido y a su señor! Y ¡qué amable es este Noé que la espera, le abre la ventana, y cogiéndola con su mano, la mete en el arca! ¡Misterios y símbolos dulcísimos de nuestra santa Religión! Son las almas eucarísticas que, después de haber empleado la jornada del día en el trabajo, al caer el sol y llega la noche:

«Cual palomas llamadas del deseo,
con las alas muy firmes y extendidas,
vienen al nido en rápido aleteo,
del querer por el aire así traídas» (2).

Y Jesucristo las espera, las coge con sus manos y las introduce en el arca santísima de su Costado.

Después de una jornada de trabajo, ¡oh!, ¡qué dulce es para el alma la oración de la noche; aquella oración que completa y corona la jornada! En esa hora de la noche, ¡oh!, ¡qué consolador es para el alma cansada de las fatigas del día descansar entre los brazos de su Dios y Padre amorosísimo, su centro, su fin y recompensa! ¡En la noche, cuando todo calla y todo habla, cuando todo duerme y todo vela, todo parece muerto y todo vive! La noche ha sido siempre el problema de las almas santas; pasar en el lecho casi la tercera parte de la jornada, que

(1) Gen. VIII, 11.
(2) Dante, *La Divina Comedia*, int., V, 82.

quiere decir la tercera parte de la vida, ¡oh!, ¡qué tormento para las almas de Dios!

IX. Mas no temáis: el amor tiene sus descubrimientos y sus invenciones. Si bien es verdad que no puede sustraerse a la ley del descanso nocturno, sabrá, no obstante, utilizar y santificar también éste: se descanse, mas no como simples hombres, y mucho menos como animales; se descanse como *cristianos* y como ángeles.

Es éste el descanso del alma eucarística. Ha hecho un oratorio de su estancia de trabajo, ahora hará un oratorio de su alcoba; altar de sacrificio ha sido la mesa de su trabajo, altar de descanso será su lecho: de descanso y de oración. Lo dijo San Jerónimo: *Sanctis, ipse somnus oratio est,* para las almas santas, el mismo sueño es oración. Oh alma eucarística, qué hermosas son en tu boca las palabras del Salmista: «Yo, Dios mío, dormiré en paz y descansaré en tus promesas» (1). El templo santo que quería levantar al Señor, el tabernáculo que quería fabricar al Dios de Jacob, era el último pensamiento suyo, su sueño y así decía: «No subiré a reposar en mi lecho; no pegaré mis ojos, ni cerraré mis párpados, ni reclinaré mis sienes hasta que tenga una habitación para el Señor, un tabernáculo para el Dios de Jacob» (1). ¿Con cuánta mayor razón, debiendo preparar tú todas las mañanas la habitación para el Señor, tu pecho para Jesús Sacramentado, no repetirás las mismas palabras de David?

Y qué dulces son también en tu boca los acentos de la sagrada amiga de los Cantares: «En mi lecho, por la noche andúvele buscando, al que ama mi alma» (2). *Ego dormio, et cor meum vigilat.* «Yo duermo mas mi corazón está velando» (3).

X. Dormir con el cuerpo y velar con el corazón: he ahí el sueño de los santos, el sueño meritorio, el sueño que es al mismo tiempo trabajo y descanso, descanso y oración.

(1) Ps. IV, 9.
(1) Ps. CXXXI, 3-5.
(2) Cant. III, 1.
(3) Ib. V. 2.

A Santa Gertrudis un día le dijo Jesús: «Reposarás en honor de aquel reposo que yo tengo en el seno de Dios Padre, y que tuve en el seno de mi Madre». Y otra vez invitándola, añadió: «Ven, hija mía, duerme y descansa sobre mi Corazón».

«Estaré acostado sobre mi lecho —decía San Francisco de Sales —como si Jesús estuviese sentado delante de mí».

Del rostro de San Vicente de Paúl durmiendo, alguna vez fue vista una luz suave difundirse apaciblemente a su alrededor.

Y todos los santos, al irse a acostar, tuvieron un pensamiento peculiar. San Luis Beltrán se acostaba como si fuese a morir, y con esta intención recitaba la oración: «*In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*». San Pedro de Alcántara, en cambio, se consideraba ya muerto sobre el lecho, se acomodaba en él como sobre un féretro a la manera y en la misma forma que un cadáver, y luego recitaba un *De profundis* por su alma. San Felipe Neri se acostaba llorando y repitiendo: «¡Mi Dios sobre la cruz y yo sobre un lecho de lana!...»

¡Mas estos no son simples santos! Si a nosotros se nos hubiese dado el poder entrar en la casita de Nazaret muy entrada la noche, y contemplar por un solo momento el sueño de la Virgen y el de Jesús, ¡qué visiones tan celestiales serían éstas!

¡Oh santa Comunión!, ¿puede haber una preparación mejor que dormir velando y velar durmiendo bajo la mirada de Dios y de la amantísima Madre, y bajo las alas de los Angeles Custodios?

XI. En la habitación, donde descansa un alma eucarística, dos cosas solas laten y se sienten: su corazón y su reloj. Laten al unísono, y bien pudiéramos decir que se entienden y que el uno es cuadrante del otro: el corazón señala cuántos son los latidos en aquellas horas, y el reloj cuántos los momentos en aquel amor. Sí, sí; los latidos son momentos y los momentos latidos para un alma que se acuesta suspirando por la Comunión, se duerme pensando en la Comunión, duerme soñando en la Co-

munión, y el sueño más terrible y el que más le asusta, es cuando sueña que no puede recibir ya la Comunión.

XII. Una de las consolaciones más puras que el Señor concedió al grande apóstol capuchino, más tarde Cardenal Guillermo Massaia, fue su amado discípulo, el neófito Gabriel, a quien, en su obra inmortal, llama «un ángel de pureza e inocencia, una perla de virtud, una de esas almas predestinadas que el Señor crea, manda al mundo y después las vuelve a llamar pronto a sí, como celoso de que otros se las arrebaten» (1). «Desde el día memorable en que su alma fue lavada por las aguas bautismales y se unió por medio de la Comunión al celestial Esposo, comenzó para él, no digo la vida de la gracia, sino aquella de la gloria; porque en aquel mismo acto el Señor le hizo digno de celestiales visiones, las cuales, repitiéndose siempre que se acercaba a recibir el Sacramento del altar, le transformaron en una criatura predilecta del cielo» (2). «Era menester ver después de la Comunión qué expresión tan de cielo tomaba su rostro, qué acentos tan ardientes salían de su boca, qué fervor animaba todas sus acciones. Recuerdo que una vez, celebrada la Misa después de la media noche y dada la Comunión a los alumnos, nos acostamos en seguida todos, y con nosotros también Gabriel; mas si dormía su cuerpo, velaba su espíritu, unido ya íntimamente con Dios, desahogando en el sueño sus afectos, ya con jaculatorias, ya con exhortaciones dirigidas a los neófitos y compañeros suyos. Entre otras me recuerdo que profirió, soñando, estas palabras: «Nuestro Padre nos decía que debíamos envidiar a los Angeles, porque ven de continuo la hermosa faz del Señor; mas, después de la santa Comunión, los Angeles deben envidiarnos a nosotros, porque poseemos al Señor dentro de nuestro mismo corazón... ¡Oh, qué placer!... ¡oh, qué placer!...» (1).

¿Es esto sueño, o vela amorosa? ¿y son estas palabras

(1) *I miel trentacinque anni di Misione nell'alta Etopía,* vol. IV, pág. 202, n. 2. Roma, 1886.
(2) Ib. pág. 203, n. 3.
(1) Vol. c., pág. 214, n. 17.

de pequeño salvaje, o palabras de serafín? Tanto puede en cualquier alma la gracia del Espíritu Santo, el cual espira donde quiere y como quiere, siendo siempre admirable en sus santos.

Mas, en verdad, no son sólo *la oración y el trabajo* los que forman la jornada del alma eucarística; le falta la nota más divina, y ésta es *el sacrificio*. Es, pues, necesario considerar al alma a la luz del Calvario: al alma *más amada* y a la *más sacrificada*.

CAPÍTULO XV

LA JORNADA EUCARISTICA

3.º — SACRIFICIO

I. Decía San Juan de la Cruz: «Es importante en sumo grado que el alma se ejercite mucho en *el amor*, a fin de que, consumando rápidamente, no se detenga del todo acá abajo, sino que llegue solícita a ver cara a cara a su Dios». Y añade la angelical Santa Teresa del Niño Jesús: «Ofrecerse como víctima al Amor, no es ciertamente para gustar dulzuras y experimentar consuelos, sino para abrazarse con todas las angustias y apurar todas las amarguras, porque el amor no vive más que de sacrificios... Cuando más quiera uno entregarse al Amor, tanto más debe someterse al *sufrimiento*» (1). ¡Cuánta sabiduría hay encerrada en las palabras del maestro, y cuánta en la exposición de la discípula!

He ahí, pues, por qué el alma eucarística, hija privilegiada del amor, es también necesariamente hija privilegiada del dolor. Hemos tardado en decirlo: la Eucaristía no es solamente el Sacramento del amor, sino que es también el Sacramento del dolor. Jesús Sacramentado es

(1) *Historia de un alma*, cap. XII.

el Dios del dolor, y su amor hacia nosotros es un amor doloroso.

II. Un solo sacrificio existe hoy en nuestra religión, y es la *Santa Misa;* la cual es esencialmente eucarística y el mismo sacrificio del Calvario, del cual se distingue como el río de su fuente, y al que, sin embargo, nada añade, como en el ejemplo aducido, el río nada añade a la fuente de donde brota.

En el universo, que es el gran templo de Dios, el Calvario fue el primer altar verdadero; poco después todo altar se ha convertido en Calvario. Sin Cruz, hoy no habría Eucaristía, y sin Eucaristía no habría sacrificio. *¡Cruz! ¡Hostia!* ¡Oh palabras santas que encerráis un misterio único de dolor y de amor! No se puede hallar la Cruz viva y verdadera sino en la Hostia; y no puede haber Hostia sin la Cruz.

En la Eucaristía, pues, y en la Santa Misa el concepto del dolor entra por tres razones: como sacrificio en general, como sacrificio de la Cruz, y últimamente como sacrificio eucarístico.

III. Cualquier sacrificio no exige simplemente dolor, sino *supremo* dolor; porque en cualquier sacrificio, si ha de ser perfecto, es menester que la víctima se inmole y consuma real o, por lo menos, místicamente. Donde no hay inmolación y consumación, no hay sacrificio. Y al contrario, cuanto más la víctima queda inmolada y consumida, tanto más queda sacrificada, y, por consiguiente, el holocausto es tanto más perfecto. La perfección, pues, del sacrificio se mide por la perfección de la inmolación y de la consumación.

En tanto que una oveja se mueve y agita, mientras bala y se lamenta, ha recibido el golpe, pero todavía no está muerta; es ya víctima, y su sangre brota a borbollones de la herida. Pero cuando no se lamente ya más ni se mueva; cuando esté ya muerta del todo, entonces sólo será perfecta víctima; porque entonces sólo será perfectamente inmolada y destruida.

Todo esto es necesario en cualquier sacrificio, porque constituye su esencia; y por consiguiente, es indispensable

también en la Santa Misa, aun considerada sólo como sacrificio en general.

IV. Mucho más, si la conderamos luego como sacrificio de la Cruz.

Toda la vida de Jesús fue ya una inmolación, que comenzó desde el momento en que, haciéndose hombre, no tuvo reparo en encarnarse en el seno de una Virgen; desde aquel instante, su inmolación fue en aumento a medida que crecía en edad. Su vida, lo diremos así, fue como una Misa sola: en Belén se cantó el *Gloria;* el santo anciano Simeón, teniéndole en sus brazos, recitó el *Ofertorio;* la entrada triunfal en Jerusalén fue el *Prefacio.* Pero el acto más solemne de aquella Misa de treinta y tres años se realizó sobre el Calvario cuando la augusta Víctima, *inclinando la cabeza, entregó su espíritu.*

Cristo, pues, fue siempre víctima durante toda su vida; mas cuando todo en Él fue consumado, entonces fue víctima perfecta. Y fue todo en Él consumado cuando se cumplieron aquellas palabras terribles y al mismo tiempo amables, que harán eternamente temblar y llorar al género humano: *Crucifixus, mortuus et sepultus est.*

V. Ni menos excelente es la Santa Misa como sacrificio eucarístico, siendo, como ya se ha dicho, en cuanto al sacerdote y a la víctima, el mismo e idéntico sacrificio del Calvario. Es verdad que falta allí la muerte real, pero la suple el anonadamiento eucarístico que es también realmente una muerte, aunque mística e incruenta, inefable y sólo posible a Dios.

San Pablo, midiendo el abismo de la Encarnación, dice que el Hijo de Dios *exinanivit semetipsum,* «se anonadó a sí mismo tomando la forma de siervo» (1). Ahora bien, la Eucaristía, si es lícito decirlo así, es un paso más allá, o el último paso de la Encarnación. En la Encarnación el Hijo de Dios tomó la forma de siervo; en la Eucaristía, en cambio, Jesucristo toma una forma todavía más humilde, la forma de comida y de bebida. Sobre la Cruz estaba escondida sola la divinidad; mas en la Eucaristía está escondida también la humanidad; por eso podemos decir

(1) Phil. II, 7.

que ésta es, o un paso más allá, o el último paso de la Encarnación, santo y divino misterio que jamás ha sido suficientemente estudiado.

Ya el mismo acto de la consagración, que pone a Jesucristo en aquel estado de anonadamiento, considerándolo en sí mismo, es santamente terrible. La lengua del sacerdote, mientras recita las palabras misteriosas de la consagración, es como una espada de dos filos, que moralmente da la muerte a Cristo; porque separa el Cuerpo de la Sangre y la Sangre del Cuerpo, consagrando las dos especies distinta y separadamente; y después las consume sacramentalmente; mediante la Comunión.

VI. Resumiendo, pues, tenemos que la Santa Misa es el único sacrificio propiamente dicho de nuestra santa Religión; el sacrificio de la Cruz, el sacrificio eucarístico. Son las tres razones principales o motivos por los cuales se incluye en la Misa el concepto esencial del dolor, y del dolor supremo, que es la inmolación y la consumación mística o real de la víctima. Y he ahí por qué la santa Eucaristía no es solamente el Sacramento del amor, sino que es también, y esencialmente, *el Sacramento del dolor.*

Y Jesús, ¿qué cosa es, pues, nuestro Jesús en su adorable Sacramento? Es esencialmente Víctima y, por tanto esencialmente Dios del dolor. No es necesario probarlo, siendo como es consecuencia inmediata de cuanto hemos dicho hasta aquí. En el concepto general de sacrificio, Jesús entra como único Cordero que puede, rigurosamente hablando, aplacar, dar gracias, glorificar al Padre celestial y obtener gracias para todos; en el sacrificio del Calvario, entra como Protagonista crucificado; y en el sacrificio eucarístico, como Hostia santísima. *Cordero, Crucificado, Hostia:* he ahí al Dios del dolor.

VII. Cosa admirable, por cierto: todos los dioses de los paganos se han rodeado de flores, de placeres y laureles; sólo hay un Dios que se haya coronado de espinas y de humillaciones, y éste es el Dios del Calvario, el Dios crucificado.

Y si de Ti, adorado Jesús, se quita el dolor, ¿qué te queda? ¿Qué de bello, de amable, de grande habrá en Ti,

si no eres ya ni Cordero, ni Crucificado, ni Hostia? ¿Qué serías Tú sin llagas, sin corona de espinas y sin cruz? ¿Qué serían tus manos y pies sin clavos, y qué sería tu costado sin aquella abertura que ha formado la alegría de las santos?

Me dirás que, sin dolor, te quedaría el amor... ¡Ah! pero sin el dolor, ¿qué cosa es el mismo amor sino un fuego fatuo, una moneda sin valor, un don vacio? ¿No es el dolor el que constituye el esplendor, la fuerza, la vida del amor? ¿No es el dolor el que eleva el amor y lo hace grande, noble y divino? ¿No es el dolor, en fin, el que hace más bella la belleza, más santa la santidad y más inocente la misma inocencia? No me digas, pues, oh Amado, que, sin dolor, te quedaría el amor, cuando es precisamente el dolor el que te hace bello; el que te hace tan amable y querido. Por eso, el dolor te precede dondequiera que vayas, te acompaña y te sigue; en todas partes eres *Vir dolorum,* el Varón de dolores, porque en todas partes eres el Dios del amor, del cual el dolor es prueba y vida y corona.

VIII. Si así no fuese, saliendo Tú del sepulcro, como dejaste allí el sudario y la sábana, habrías dejado también las señales de tus llagas. Pero no; quisiste resucitar con todas las llagas para ser del todo perfecto en la belleza. Sí, oh Jesús, son las señales del dolor las que hacen bellísima eternalmente tu humanidad deificada, ya que las llagas han quedado en tu carne como rubíes preciosísimos en una corona de oro.

Lo que son los sellos en las leyes o en los decretos del Rey, eso mismo son los sellos de tu Pasión. Sin las cinco llagas, sin estos divinos sellos, Tú no serías hoy un Jesús sellado, es decir, un Jesús auténtico; ni sería auténtica tu ley, ni tu Religión y tu Iglesia. Sin los sellos de tu dolor, Tú no hubieras conmovido, convertido y atraído hacia Ti la humanidad; porque sin ellos no hubieras sido tan grande, amable y magnífico como eres; no hubieras sido el Salvador y el Redentor del mundo. Aun más, ni siquiera hubieras sido un simple héroe; porque ¿qué son

los héroes, no sólo los de la historia, sino los mismos héroes de la fábula, sino grandes desventurados?

Por eso, ahora comprendo por qué, cuando el Resucitado se presentó la primera vez a los Apóstoles, sus hermanos, reunidos en el cenáculo, tuvo necesidad de acompañar con un ademán divino el divino saludo de la resurrección. El saludo de la resurrección fue éste: *Pax vobis*, «la paz sea con vosotros»; y el ademán del Resucitado fue que, mientras les saludaba, les mostró las manos y el costado. *Et cum hoc dixisset, ostendit eis manus et latus* (1).

¡Oh Dios del dolor! me postro delante de Vos y os pido perdón de haber dicho tantas cosas sobre el dolor y el sacrificio, cuando bastaba narrar esta sola escena evangélica; cuando bastaba sólo este vuestro ademán, ¡oh resucitado Señor! Si Vos mismo presentasteis vuestras manos, si mostrasteis Vos mismo el costado abierto, ¿qué má puedo decir, qué más puedo pensar para dar a comprender la fuerza, la grandeza, la divinidad del dolor? ¡Ah! basta; ¡no hable más, enmudezca ya mi lengua, oh Señor! Resuene eternamente en vuestra boca aquel saludo: *Pax vobis*, «la paz sea con vosotros», y eternamente queden vueltas hacia nosotros vuestras manos y costado: *Salvete, Christi vulnera, inmensi amoris pignora*, «¡oh llagas de Cristo, prendas de inmenso amor, yo os saludo!» (1). «Oh Corazón, de amor ínclita fuente, de agua líquida vena; Oh Corazón, deleite de los bienaventurados y esperanza segura de los mortales, atraídos por tus invitaciones, a Ti nos llegamos suplicantes» (2).

IX. ¡Adelante, pues, oh almas eucarísticas! Vuestra hora ha llegado, ha llegado la hora de cumplir vuestro oficio sobre la tierra. ¡Cuántas lágrimas han sido derramadas sobre las llagas de Jesucristo, cuántos besos se han estampado en ellas, cuánto bálsamo en ellas se ha infundido! La consideración de estas llagas benditas y el

(1) Jo. XX, 20.
(1) Himno de Laudes en la fiesta de la Preciosíma Sangre.
(2) Himno de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús.

amor a ellas, han formado los santos, esto es, han formado las almas de la inmolación y el sacrificio, las hijas privilegiadas del dolor, las víctimas, los crucificados, las hostias de la Iglesia. Y las han formado en virtud de la Eucaristía.

Los dones de Dios, como todas sus obras, no pueden ni destruirse, ni desfigurarse; y así no se puede ni desfigurar, ni destruir la Eucaristía; intentarlo, sería ya destruirla, como sería destruir a Cristo el osar desfigurarlo o corregirlo. Lo han destruido, en efecto, en su verdadera figura, todos los infelices incrédulos que han osado cometer tan sacrílego atentado. A Jesucristo, o se le acepta todo, tal como es, o nada; y de la misma manera sus obras y sus dones, pero especialmente su obra maestra, que es la santísima Eucaristía. Así como es esencialmente Sacramento, así también es esencialmente Sacrificio la divina Eucaristía; o mejor dicho, primero es Sacrificio, después Sacramento. Mas donde hay sacrificio, allí hay inmolación, hay dolor, aún más, *supremo dolor*. Una Eucaristía que no admite inmolación, no es ya sacrificio; y si no es ya sacrificio, es falsa Eucaristía. Y del mismo modo, falso Cristo sería el Cristo que no fuese Víctima, Crucificado y Hostia. Un Cristo que no es el Dios del dolor, no es ya verdadero Cristo, ni verdadero Dios; sería un dios del paganismo.

X. Sacando la consecuencia, debemos inmediatamente concluir que no es verdadera alma eucarística aquella que quiere la Eucaristía sólo como sacramento y no como sacrificio; que busca el amor, pero huye del dolor; que acepta las alegrías, pero rehusa las penas; aquella alma eucarística, la cual en Jesús Sacramentado busca sólo al Esposo amado, pero no al Esposo crucificado; que agradece sólo las caricias, pero no las pruebas; las flores, pero no las espinas; las sonrisas, pero no las cruces. Estaría en un engaño el alma que así se portase, si se creyese alma eucarística, aunque recibiese la santa Comunión todos los días. ¡Oh, cuántas veces se ve uno obligado a comulgar todos los días! Pero cuando uno está libre, y se aman las flores, los placeres, y se aborrece el dolor, la

mortificación y la cruz, en ese caso, estad seguros, no durará mucho tiempo la Comunión diaria.

El alma verdaderamente eucarística es aquella que recibe la santa Comunión todos los días, pero todos los días aspira al sacrificio, a la crucifixión e inmolación; y aspira a ello por virtud y como fruto de la misma Eucaristía que todas las mañanas recibe. Esta alma, cuanto más sacrificada, inmolada y crucificada es, tanto más eucarística será y viceversa. Entre lo uno y lo otro hay conexión de causa y efecto, de premisas y consecuencia; mas entanto grado que, sin temor de errar, se podrá decir así: «¿Es un alma verdaderamente eucarística? Luego es un alma verdaderamente inmolada. ¿Es un alma inmolada? Luego no puede menos de ser eucarística».

XI. ¡Oh almas afligidas, atribuladas, desventuradas! ¿os falta la resignación, la fuerza, la calma? ¿os arrastráis bajo el peso de la cruz, llevándola de mala gana como la llevaban los dos ladrones? Y ¿por qué? Vosotras, o no recibís nunca la santa Comunión, o la recibís raramente, o la recibís mal, pues la divina Eucaristía posee y da la fuerza de la inmolación y del sacrificio. Si recibieseis todos los días con fervor la santa Comunión, ¡oh! también vosotras conseguiríais en breve la calma en los dolores, la fuerza en las desventuras y el consuelo en las cruces; también vosotras llegaríais en breve a ser víctimas dignas de Dios. ¡Oh, si en el mundo se comprendiese esta verdad! ¡Cuántos menos desesperados habría, si se frecuentase más y mejor la santa Comunión, la cual posee, como virtud propia, el poder de hacer a las almas grandes según sus propias necesidades!

¡Oh vosotras, que sufrís indeciblemente en el cuerpo o en el alma, o en el uno y en la otra a la vez; o en la persona, en la familia, o en los bienes; pero que sufrís con la sonrisa en los labios, con la fortaleza en el alma, con la calma en el corazón, en una palabra, con el valor de los santos! no habléis, callad, pues no es necesario que me manifestéis el secreto de vuestra fuerza; lo supongo y adivino: vosotros recibís todos los días la santa Comunión... vosotros manifestáis Eucaristía... vosotros

vivís de la Eucaristía... Basta esto; no es necesario añadir más; podéis ser mártires, poseyendo la fuerza de Dios, de Dios crucificado.

Sí, o halmas afortunadas; como en tiempo de los mártires era fácil el pasar de los ágapes santos de las Catacumbas a las hogueras encendidas, a los circos y a las garras de los leones rugientes del anfiteatro Flavio; así también es fácil pasar de la mesa eucarística a las luchas de la vida, a las hogueras espirituales encendidas por la enfermedad, por la pobreza, por las persecuciones, o por cualquiera otra desventura. Quisiera alzar la voz y hacer resonar de un extremo al otro del mundo esta consoladora verdad: «la santa Eucaristía basta para forjar mártires».

XII. Ved ahí al grande atleta, San Ignacio, condenado a las fieras. Desde Antioquía, de donde era Obispo, es trasladado a Roma. Aquel larguísimo viaje fue todo un martirio: glorioso preludio de su gloriosísima muerte.

No fue Roma pagana tan ávida de asistir a aquel cruel espectáculo, cuando él de darlo; ni los leones del anfiteatro Flavio (el Coliseo) tuvieron tanta hambre de devorarlo, cuenta él de ser devorado. Durante el camino, esta había sido su única oración: *Utinam fruar bestiis... tantum ut Christo fruar!* Qué palabras tan sublimes: «¡Quiera el cielo que, sólo por gozar de Cristo, yo goce de las fieras!» Mucho más sublime es todavía su último grito, cuando sobre la arena del anfiteatro, en presencia de ochenta mil espectadores, se encuentra con los leones soltados de las jaulas. En tanto que éstos, rugiendo furiosos, lo miran y miden el salto, el gran Confesor de Cristo se arrodilla, junta las manos, y grita: *Frumentum Christi sum, dentibus bestiarum molar, ut panis mundus inveniar,* «¡yo soy trigo de Cristo, y es preciso que sea molido por los dientes de las fieras para que me convierta en pan puro y santo!...» No había terminado de pronunciar estas palabras, y ya los leones le habían despedazado.

¡Qué nobles y delicados son los corazones de los santos! Estos tres pensamientos, o por mejor decir, este pensamiento único y completo de San Ignacio mártir es propiamente divino. Cuanto más se reflexiona sobre él,

tanto más hermoso aparece: cuanto más se le medita, tanto más se gusta su dulzura. Pero, sobre todo, el pensamiento de San Ignacio es verdaderamente un himno eucarístico: «¡Desear ser trigo para ser molido, y de esta manera convertirse en pan de Cristo, puro y santo... y molido por los dientes de los leones!...» ¿Qué puede pensarse que sea más grande ni más delicado? ¿Qué desear más noble y generoso? Y mejor todavía, ¿qué cosa pedir a Dios y conseguir de Él que sea más eucarística, que lo que pidió y obtuvo San Ignacio mártir? Él ha adivinado el deseo de todos los santos; ha expresado con forma nobilísima la aspiración de todas las almas verdaderamente eucarísticas, la cual es ésta: «¡Ser trigo para ser molido por el dolor y llegar a ser Hostia santa de Jesucristo!»

Por lo menos, espiritualmente concedédselo a todas las almas enamoradas de Vos, oh Señor, para que todas de corazón digan y repitan: *Frumentum Christi sum, dentibus bestiarum molar, ut panis mundus inveniar!*

Del dolor, sin embargo, no podemos tan pronto alejarnos. El alma verdaderamente inflamada en el amor de la Eucaristía, debe sobre el Calvario y al lado de Jesús Crucificado aprender perfectamente los oficios dolorosos de las almas eucarísticas.

CAPÍTULO XVI

SOBRE EL CALVARIO

Oficios dolorosos del alma eucarística

I. Eucarístico es todo aquello que tiene contacto, dependencia o relación con el Cuerpo santísimo de Jesucristo; y hemos dicho que todo altar es Calvario, y que Jesús Sacramentado es siempre y donde quiera Jesús Crucificado. De donde se sigue como consecuencia que, siendo eucarístico todo culto que se tributa y cuidado que se tiene con la Humanidad santísima de Jesús, las primeras almas eucarísticas las encontramos ya en el Evangelio, en

el camino del Calvario y en torno de la Víctima Divina. La Misa es continuación del sacrificio de la Cruz; las almas eucarísticas de hoy continúan los oficios piadosos de las almas eucarísticas de entonces. Si uno mismo es el Rey, la corte será la misma; si la Víctima es la misma, los mismos serán los cuidados que con ella se tengan. Si el Sacramento y el Crucificado son un mismo Jesús, las almas eucarísticas y las evangélicas serán una misma amorosa corte, comenzada sobre el Calvario y perpetuada en la Iglesia, comenzada en torno del Dios Crucificado y continuada en torno del Dios Sacramentado con el mismo respeto, piedad y fervor, pero sobre todo, con el mismo espíritu de dolor, de sacrificio e inmolación.

Consideremos, en este y en el siguiente capítulo, cuáles fueron los cuidados dispensados a Jesús-Víctima por las almas evangélico-eucarísticas. Aprenda quien los ignore; y el que ya los ejercita, dé gracias a Dios, pues son oficios imprencindibles para toda alma eucarística.

II. Estamos en Getsemaní... Ningún gemido de Jesús conmueve tanto las almas, como aquel salido de su pecho, apenas entra en el huerto de los olivos: «Mi alma siente angustias mortales: aguardad aquí y velad conmigo» (1). ¡Ah! cuántos ríos de lágrimas han hecho derramar a los santos estas palabras *Sustinete hic et vigilate mecum!* cuántos ríos de lágrimas el desamparo en que es dejado Jesucristo, y el reproche piadoso dado por Él a los que debían acompañarle: *Sic non potuistis una hora vigilare mecum?* «¿es posible que no hayáis podido velar una hora conmigo?» (2).

Ninguna porción de terreno ha sido jamás tan estimada por las almas eucarísticas, como aquella de Getsemaní que quedó empapada en la sangre de Jesús agonizante; y ningún Angel tan envidiado, como el Angel confortador que se le apareció en el huerto. Ser los ángeles consoladores de Jesus agonizante, de Jesús abandonado en sus santos tabernáculos, es ésta la divina ambición de las

(1) Mt. XXVI, 38.
(2) Ib. XXVI, 40.

almas eucarísticas. ¡Oh, si pudieran ellas quitar de las manos de Jesús aquel amargo cáliz! ¡si pudieran beberlo en lugar de Él; si al menos pudieran también ellas participar y beber juntamente con Él en su cáliz!... Y la oración que Jesús recitó en el huerto, ha llegado a ser la oración de todas las almas eucarísticas. Tres veces, en aquella hora tristísima, la repitió el Maestro agonizante; centenares de veces al día la repiten las discípulas; centenares de veces las almas de Jesús, con los ojos vueltos al cielo, o fijos en el Tabernáculo, exclaman: *Pater, non mea voluntas, sed tua fiat!... non sicut ego volo, sed sicut Tu!...*

III. En el Apocalipsis está escrito que las almas, las cuales son primicias de Dios, siguen al Cordero Divino do quiera que vaya. Vedlas ahí, en efecto, por todo el camino doloroso que conduce al monte santo de los aromas; *Sequuntur Agnum quocumque ierit.* Fue flagelado entonces? Mas ¡cuántos pecadores espiritualmente flagelan ahora a Jesús en el Sacramento de su amor! ¡cuántos pecadores con enormes pecados (bastarían sólo las blasfemias), crucifican de nuevo en ellos mismos al Hijo de Dios! ¡Oh, si las almas eucarísticas pudiesen evitar estos golpes a Jesús! ¡si pudieran escudarle con sus pechos!

Simón de Cirene pasaba casualmente por el camino del Calvario, mientras Jesús subía allá cargado con la cruz; venía del campo, y no espontáneamente, sino por fuerza, fue obligado a llevar la cruz de Jesús. Y sin embargo, también él ha sido envidiado por todos los santos, los cuales hubieran dado aún su vida por servir un solo momento de cirineos a Jesús. *Sequuntur Agnum quocumque ierit...* Y por la subida escabrosa del Calvario le siguen, no sólo porque lo quiere Jesús, sino también como Él lo quiere; y Jesús quiere que le sigan sus discípulos llevando sobre sus hombros la cruz que se digna enviarles. Las almas, pues, eucarísticas, abrazadas a su cruz, siguen al Crucificado, no como le seguían los ladrones, condenados a la misma muerte de cruz, sino como mártires muy queridos de Jesús y compañero de su martirio.

¡Salid pronto, oh hijas de Sión; id al encuentro del

rey Salomón que se adelanta coronado de espinas, llevando sobre las espaldas el leño de su sacrificio!

¡Oh Verónica! ¡qué suerte la tuya poder enjugar el rostro ensangrentado del Salvador! Con qué ardor desean las almas eucarísticas enjugar también el rostro del Señor, no ya con un sudario, sino con sus mismas almas, para llevar grabada en el fondo de ellas la imagen del rostro divino.

IV. *Sequuntur Agnum quocumque ierit.* Pero está allí, sobre el Calvario, el lugar seguro de las almas privilegiadas y de las almas grandes. Allí está el lugar de Juan y de Magdalena, las dos almas más queridas de Jesús; el lugar de las mujeres piadosas que tenían la devota costumbre de acompañarle por todas partes y le habían seguido desde Galilea! las cuales, como dice el Evangelio, le habían asistido, socorriendo con sus propios bienes sus necesidades y las de sus Apóstoles (1). Afortunadas criaturas, verdaderas almas eucarísticas que, después de haber alimentado durante su vida a su mismo Creador, merecen asistirle en la muerte y dispensar los últimos cuidados a su santo cadáver!

Pero entre las muchas almas amantes, que se acercan a la Cruz de Cristo moribundo y le hacen piadosa compañía, hay una más próxima y más divina: es la verdadera ovejita del Cordero de Dios... es la Madre, moribunda en el espíritu, junto al Crucificado; la Reina de los mártires, junto al Rey de los mártires; el alma eucarística por excelencia, junto a la Hostia pura, santa e inmaculada. Y las otras Marías con Magdalena y Juan, así como se unen y estrechan en torno de Jesús, así también se unen y estrechan en torno de la Madre. ¡Qué escena!... ¡están todos, no falta ninguno!... Es la familia de las almas fieles hasta el último misterio doloroso, la familia de las almas íntimas, de las almas queridas; ¡es toda la familia de Jesús! Rodeado de estas almas tan amadas, que piensan en Él, que le miran y bendicen, Jesús se dis-

(1) Mat. XXVII, 55; L. VIII, 3.

pone a morir delante de sus mismos ojos... delante de sus mismos corazones...

V. Oh almas eucarísticas, os ruego que, cuando oigáis la santa Misa, recitéis el *Stabat Mater*. Sea viva vuestra fe; no es una exageración de la piedad cristiana, sino un artículo de esa misma fe que nos enseña, que la santa Misa es el mismo sacrificio de la cruz. ¿No sois vosotras las eucarísticas Marías? Pues recitando entonces el *Stabat Mater*, más con las lágrimas que con las palabras, suplicad humildemente a la divina Madre que os permita también a vosotras acercaros al corazón del divino Mártir sacramentado; que os permita llorar con Él, como a Juan y a la Magdalena, y junto a Él arder en su amor. ¡Qué bien comprenderéis de esta manera y cuánto mejor gustaréis así de la santa Misa! El *Pange lingua* sea el himno de la Eucaristía como misterio y como sacramento; el *Stabat Mater* sea el himno de la Eucaristía como sacrificio divino.

Si San Gregorio Niceno lloraba considerando devotamente el sacrificio de Abrahán pintado en un cuadro; oh buen Dios, ¿cómo no llorar o, al menos, cómo no enternecernos también nosotros asistiendo, y mucho más celebrando, no el sacrificio pintado, sino el sacrificio verdadero de Jesucristo? ¿Cómo es posible que permanezcamos distraídos, mudos y fríos delante de tanto amor como nos muestra en el santo Sacrificio de la Misa nuestro divino Redentor? ¡Oh, la santa Misa oída por los santos, o por ellos celebrada!... Para describirla, serían necesarios volúmenes enteros, escritos por mano de un ángel.

VI. Pero parece que sobre el Calvario las almas eucarísticas hayan formado dos grupos: las unas están más cerca, las otras más lejos de la Cruz de Jesús. Las más cercanas son nombradas por San Juan cuando dice: «Estaban junto a la Cruz de Jesús, su Madre, y la hermana de su Madre, María la de Cleofás, y María Magdalena» (1); las más alejadas nos son dadas a conocer por los otros tres evangelistas, el último de los cuales repite lo dicho

(1) Jo. XIX, 25.

por los dos anteriores; *Slabant omnes noti ejus a longe;* «estaban todos los conocidos de Jesús a lo lejos» (2).

Dos, pues, son los grupos que están al pie de la Cruz: el primero más afligido, porque ve y siente lo que sucede alrededor de la augusta Víctima; pero también más afortunado, porque está más cerca de Jesús, es el más rociado con las gotas de la sangre divina, y oye las palabras de Jesús moribundo. Es además el más afortunado, porque hace de testigo en el testamento de Cristo, cuando a su Madre deja por hijo a Juan, y a Juan deja por Madre a María. Sí, las almas más próximas al Crucificado le oyeron con sus propios oídos aquellas solemnes palabras testamentarias, por las cuales el Discípulo privilegiado del Calvario, el predilecto de Jesús Sacramentado se convertía en el predilecto de Jesús Crucificado, el hijo de la Eucaristía pasaba a ser el hijo de María.

El grupo de las almas un poco más alejadas representaba una retaguardia amorosa. Mas ¿qué hacían desde lejos aquellos corazones piadosos? *Aspiciabant...* miraban, responden los Evangelistas, y con esta sola palabra lo han dicho todo.

VII. ¡Miraban! Después de la potencia de la lengua viene la de los ojos; después de la palabra, las miradas, si no queremos decir que los ojos mismos son lengua y palabra. ¡Oh, cuán grande es el poder misterioso de una mirada, sea dulce o amenazadora, serena o cruel, de padre o de juez, de verdugo o de madre! ¡Y sobre todo, el poder de una mirada de amor! El alma, cautiva de las ansias del amor, sale toda a los ojos y toda allí se revela. Los ojos de un alma enamorada arden, abrasan, arrebatan, encantan, hieren y llagan. Especialmente, en la presencia del amado que sufre o del amado que muere, el corazón amante no late, la boca enmudece; solamente los ojos hablan; por los ojos sale toda el alma del amante, y por los ojos entra el alma toda del amado. Pocas horas antes, en el atrio de Caifás, fue Pedro el que entendió la fuerza de la mirada de Jesús encadenado, *conversus Do-*

(2) Lc. XXIII, 49.

minus respexit Petrum (1); ahora es el mismo Jesús moribundo el que siente la fuerza dulcísima de las miradas de las piadosas mujeres. *Aspiciebant!* miraban; querían acercarse, pero no podían; por eso miraban, y languidecían y morían de amor; *aspiciebant!* Sus almas están todas en sus ojos, y de sus ojos envían dardos y saetas de fuego. Muere el Maestro, y ellas no pueden asistirle, no pueden escuchar sus últimas palabras, no pueden tocarle... sólo pueden mirarle de lejos... Y le miran, y agonizan y mueren también ellas de amor: *aspiciebant!*

La escena tristísima del Calvario finalmente se acaba, y los verdugos, a los lamentos de la naturaleza, huyen atemorizados... Entonces las piadosas mujeres, retaguardia amorosa, se acercan, rodean a la augusta Víctima y miran de cerca... miran muerta la Vida, muda la Palabra, apagado el Amor... y miran aterrorizadas, acongojadas, mudas de espanto... *aspiciebant!*

¡Ah! mirad, mirad también vosotras desde lejos el Tabernáculo, oh almas de Jesús Sacramentado, cuando no podáis estar cerca de Él; pero mirad como las piadosas mujeres, ardiendo, llorando, anhelando... *aspicite!... aspicite!...*

VIII. Pero asistir a la muerte no basta; es menester no dejar solo al muerto, ni olvidar al Redentor sepultado.

Ya había caído la tarde sobre el Calvario. José de Arimatea, noble decurión y nobilísimo discípulo del difunto Maestro, *audacter*, denodadamente se presenta a Pilatos y le pide el cuerpo de Jesús. Pilatos ordenó que se le diese; y entonces José, habiendo comprado una sábana blanca, bajó el santo cuerpo de Jesús de la cruz y le envolvió en la sábana. No fue solo, sin embargo, en este oficio piadosísimo; San Juan, que estaba presente, narra en su Evangelio, que vino también Nicodemo, trayendo consigo cien libras de una confección de mirra y de áloe.

Fueron, pues, los dos, José y Nicodemo, los que «tomaron el cuerpo de Jesús y, bañado en las especies aromáticas, le amortajaron con lienzos, según la costumbre

(1) Lc. XXII, 6.

de sepultar de los judíos. Había en el lugar, donde fue crucificado, un huerto, y en el huerto un sepulcro perteneciente al mismo José de Arimatea, el sepulcro era nuevo, abierto en peña viva, donde hasta entonces ninguno había sido sepultado. Allí, pues —porque era la víspera del sábado de los judíos y el sepulcro estaba cerca—, sepultaron a Jesús, arrimaron una gran piedra sobre la puerta del sepulcro, y se fueron» (1).

He tomado la narración, palabra por palabra, de los cuatro Evangelistas, los cuales se diferencian en esto: que San Juan habla en plural de José y de Nicodemo, al paso que los tres primeros, no haciendo mención de Nicodemo, hablan en singular y de sólo José de Arimatea; pero las cuatro narraciones forman una sola narración; así como los cuatro Evangelios no forman sino un solo Evangelio. Recoger cada una de las palabras de las cuatro narraciones es cosa fácil; mas gustarlas, profundizarlas y exponerlas resulta difícil. Y sin embargo, estas páginas suavísimas forman el éxtasis, el llanto de los santos.

IX. ¡Dios mío! dolor sumo costó a las almas amadas el asistiros sobre el Calvario, mas también sumo consuelo. ¡Oh, si pudiésemos también nosotros saber imitarlas! Cuantas son las palabras de la hermosa narración evangélica, otros tantos fueron los cuidados delicados que las almas amorosas dispensaron a Jesús Víctima, al Dios del dolor.

Antes de todo, atrevimiento en pedir los derechos de Jesús. Los Evangelistas notan que José de Arimatea era *discipulus occultus, propter metum Judaeorum* (1); «era discípulo de Jesús, bien que oculto por miedo de los judíos». Y de Nicodemo recuerdan aedmás «ser aquel mismo que en otra ocasión había ido de noche a encontrar a Jesús»: *qui venerat ad Jesum, nocte, primum* (2). Habían sido cobardes los dos! hasta aquel momento el temor había prevalecido sobre el amor. Pero rociados de la san-

(1) Jo. XIX, 24-38.
(1) Jo. XIX, 38.
(2) Ib. XIX, 39.

gre del Crucificado, José y Nicodemo no temen más; atrevidos y valerosos, el uno corre a Pilatos para pedirle el cuerpo de Jesús, el otro a comprar cien libras de aromas. Son personas respetables, ricas y nobles; y vienen a ser los testigos más autorizados de la muerte y sepultura de Jesús.

¡Y aquella sábana blanca y limpia comprada por la caridad de José de Arimatea!... Después de los pañales que envolvieron al Niño de Belén, es éste el primer corporal eucarístico. ¡Y aquellas cien libras de aromas! ¡Qué santa prodigalidad, qué gentileza y cuánta piedad en Nicodemo!

¡Y el bajarle de la cruz!... Los verdugos le pusieron sobre el patíbulo y allí le dejaron; ahora toca a los predilectos bajarle de la cruz, toca a sus amados desclavarle, arrancar de aquella cabeza sagrada una a una las espinas de la corona, extraer despacio los clavos de las manos y pies, vendar la abertura del costado, limpiar con suma delicadeza el rostro, los cabellos, el pecho, todo el cuerpo; ungirle después con bálsamo, con mirra y áloe y envolverle cuidadosamente en la sábana limpia. No quiere sepulcros viejos, ni profanados o extraños. Aquel que, haciéndose hombre, quiso una Madre Inmaculada, ahora, además de la sábana limpia, quiere un sepulcro nuevo, no hecho de mampostería, sino cavado en la peña viva, y que sea propiedad del discípulo piadoso José de Arimatea. De esta suerte, sus amados, sus hijos le suministran todo. Ellos le han alimentado, le han seguido en todas partes, le han asistido en torno de la cruz, han recogido su postrer suspiro, le han desclavado y bajado de la cruz y embalsamado su cuerpo... Todo lo han hecho; no les resta más que acompañarle al sepulcro y sepultarlo, dejarlo y separarse de Él.

¿Separarse de Él?... ¡Ay! qué momento tan doloroso.

CAPÍTULO XVII

AUN SOBRE EL CALVARIO

(Continuación)

I. Como las madres con sus expresiones maternales hablan a sus hijos, así también con las ceremonias rituales habla a sus fieles la Iglesia Católica. Ahora bien; si en el Jueves Santo de cada año, cuando con himnos y cánticos, y entre luces y nubes de incienso, el Santísimo es llevado al Monumento para encerrarle en el Sagrario del altar, preparado solemnemente como esposo en día de fiesta; si en aquella procesión inefable, cuando se entona el *Pange lingua,* un estremecimiento se deja sentir por todo nuestro cuerpo; si, cuando el Sagrario se inciensa y se cierra, quedamos traspasados por la emoción y como enclavados en tierra; si a la mañana siguiente del Viernes Santo, cuando en la procesión de retorno la Iglesia, como esposa que llora al esposo, canta el *Vexilla Regis prodeunt,* las voces lloran, y lloran los ojos y los corazones de todos; si, finalmente, cuando sobre la mesa del Señor la Hostia Santa se consume, y los cirios se apagan, y los altares se desnudan, nos quedamos mudos y como anonadados ante la majestad de los divinos misterios; si todo esto sucede en una procesión, que sólo es conmemorativa, ¿qué decir de aquella primera procesión, en la cual Jesús muerto fue realmente llevado al sepulcro?...

II. Es menester darse prisa, porque la tarde declina ya, y el día del sábado, que prohíbe el contacto con los muertos, se avecina. Los últimos resplandores del crepúsculo dejan percibir todavía las manchas de sangre que tiñen la cruz y el charco que al pie de ella se ha formado. El cadáver de Cristo, envuelto y apretado en la blanca sábana, parece una estatua de alabastro.

¡Adelante, oh procesión, adelante!... No se entonan himnos ni cánticos... Lloran todos... pero ¡qué llanto!...

¡qué gemidos!... Lloran José y Nicodemo... llora María de Cleofás, madre de Santiago y de José... y Salomé, madre de los Cebedeos... Llora ¡oh! cómo llora el discípulo San Juan... cómo llora María Magdalena... No llevan candelas encendidas, son ellos mismos las candelas... ni perfumes de incienso, son ellos los olorosos granos... ni féretro mortuorio, pues el oficio de éste lo llenan cumplidamente sus brazos...

¡Y avanzan lentamente!...

Pero, José y Nicodemo, caballeros de Cristo muerto, ¡deteneos!... Un día, este Nazareno, que vosotros lleváis a sepultar, «yendo a la ciudad de Naím, cerca de la puerta, se encontró con un cortejo fúnebre, que llevaba a enterrar a un hijo único de su madre, la cual era viuda; e iba con ella grande acompañamiento de personas de la ciudad. Así que la vio el Señor, movido a compasión, le dijo: *Noli flere;* «no llores». Y arrimóse y tocó el féretro. Y los que le llevaban, se pararon» (1). Paraos también vosotros, oh caballeros del Crucificado: una «Madre viuda sigue a su Hijo». Dejad que caliente aún con sus besos el frío cuerpo del Hijo... dejad que le bañe todavía con sus lágrimas... que lo estreche contra su corazón por última vez, y le diga: «¡Adiós, oh Jesús, oh Hijo mío... Jesús... Jesús, te bendigo... reposa en paz, te bendigo... adiós!...»

III. En tanto, la gran piedra rueda sobre la boca del sepulcro y al sordo rumor los corazones de todos se rasgan... Caen todos de rodillas, todos ahogan los suspiros, todos oran en voz baja: amor, dolor, fe, esperanza, latidos, gemidos... todos los afectos se agitan... Pero su oficio se ha terminado y ya nada pueden hacer por el sepultado Señor... Juan coge de la mano a la Madre Santísima y, sosteniéndola con sus brazos, parten; José de Arimatea y Nicodemo les siguen...

«¡Ah! de esta manera ha muerto el Justo»: *Ecce quomodo moritur Justus;* y ¿ningún corazón llora su muerte?» «Ha partido, nos ha dejado nuestro Pastor, se ha

(1) Lc. VII, 11-114.

secado la Fuente de agua viva, a cuya muerte se oscureció el sol». «En paz, ¡ah! sea en paz su memoria»: *et erit in pace memoria ejus!* (1).

Decid a la Magdalena que es ya tarde, y es necesario marchar del Calvario y dejar el sepulcro.

¿Marchar del Calvario?... ¿dejar solo, absolutamente solo, al adorable *Rabboni*?... ¡oh Dios, qué prueba!

¡Todavía un poco!... ¡todavía un momento!... Es éste el único grito que el alma enamorada, la eucarística Magdalena, lanza delante del sepulcro, o delante del Tabernáculo, del cual es forzada a separarse: *¡Todavía un poco, todavía un momento-*

IV. Ya el Calvario, envuelto entre nubes, se volvía más obscuro, y más sombría la roca ensangrentada. Sombras divinas cubrían el sepulcro; parecía se sentían las conmociones de la naturaleza que encerraba en sus entrañas a su Creador, que dormía corporalmente el sueño de la muerte. María Magdalena y María madre de José, angustiadas, abatidas, no sabiendo separarse de allí y queriendo permanecer hasta el último momento que les es lícito, no pueden sostenerse más en pie y se sientan enfrente del sepulcro, la una junto a la otra, deshaciéndose en llanto.

El evangelista San Marcos nos dice que ellas dos, María Magdalena y María, madre de José, poco antes, durante la sepultura del Señor, *aspiciebant ubi poneretur* (1): «estaban observando dónde le ponían». San Lucas nota igualmente que todas las piadosas mujeres, que estaban en el Calvario, «observaban también la manera con que había sido depositado el cuerpo de Jesús» (2). Esto da a entender que en aquellas almas generosas había un propósito, se escondía una intención, un acuerdo amoroso: el de volver, acabado el sábado legal, a terminar de embalsamar mejor el sagrado cadáver, pues lo habían hecho de prisa; por eso algunas, el viernes mismo, antes que se pusiese el sol, corrieron a Jerusalén a comprar

(1) Responsos IV y VI de Maitines del Sábado Santo.
(1) Mc. XV, 47.
(2) Lc. XXIII, 5-5.

aromas. En el sepulcro permanecieron sólo las dos Marías: Magdalena y María, madre de José.

V. Está para caer el telón de la terrible tragedia de aquella jornada: esta es la última escena que está cumpliéndose, en la tarde del Viernes Santo, sobre la cima del Calvario: en un ángulo el sepulcro de Cristo muerto; enfrente las piadosas mujeres sentadas que lloran.

En aquella postura deja a las piadosas mujeres y con aquella escena termina su narración el Evangelio: «Estaban allí María Magdalena y la otra María *sedentes contra sepulchrum,* sentadas enfrente del sepulcro» (1). Y en aquella postura las deja y con aquella misma escena se concluye el oficio doloroso de la Semana Santa. La última antífona al *Benedictus* de los Maitines de las tinieblas del Sábado Santo —que se dicen la tarde del Viernes Santo— es esta: *Mulieres sedentes ad monumentum lamentabantur, flentes Dominum;* «las mujeres sentadas enfrente del sepulcro se lamentaban, llorando al Señor».

Así cae el telón de la tragedia divina. Cuando el telón se vuelve a alzar, el sepulcro estará vacío y descubierto, y *el Aleluya* habrá resonado en el cielo, en la tierra y en los abismos. Mas para aquella tarde, para la tarde tristísima del primer Viernes Santo, fue esta la última escena: *Mulieres sedentes ad monumentum lamentabantur, flentes Dominum.*

VI. ¡Oh Tú que duermes y reposas en el sepulcro, hazme también a mí digno de meditar un momento solo, junto a las piadosas mujeres, delante de Ti!

Encontramos, pues, sentada otra vez a la Magdalena. La hemos visto en Betania sentada a los pies del Señor, escuchando sus divinas palabras; y ahora la encontramos nuevamente sentada delante del sepulcro del Señor. Entonces estaba embriagada en un éxtasis de amor; ahora está sumida en un piélago de dolor. Es verdad, pues, lo que hemos dicho en el capítulo anterior: *que la hija privilegiada del amor es necesariamente la hija privilegiada del dolor.* Verdadera discípula de Jesús en aquella alma

(1) Mt. XXVIII, 61.

que, así como le ha seguido en el gozo, también le sigue en el dolor; y con la misma calma, con la misma generosidad y el mismo desinterés.

Sentado, es decir, tranquilo, concentrado, profundo es el amor de un alma enamorada de Jesucristo; y también sentado, es decir, tranquilo, concentrado, profundo es su dolor. Después de Betania viene el Calvario; después de Cristo vivo, Cristo muerto. Pero la verdadera alma eucarística está, delante del sepulcro de su Maestro, sentada de la misma manera que, en su casa, lo estaba a sus pies. En casa, ardiendo como un serafín; sobre el Calvario, ardiendo como una víctima; allí, como alma bienaventurada; aquí, como alma inmolada, y siempre como María Magdalena. Aquella parte mejor que había escogido entonces y que, según el oráculo del Maestro, *non auferetur ab ea*, no fue verdaderamente privada de ella, y la conserva todavía sobre el Gólgota, debajo de la Cruz y delante del sepulcro del Señor. La diferencia es esta solamente: que en Betania escuchaba, *audiebat;* aquí, en cambio, no escucha ya... No escucha ya, porque está envuelto en el sudario el rostro de Jesús, de cuya belleza el mismo sol y la luna se admiraban; apagados están aquellos ojos que brillaban como dos estrellas y ardían como dos llamas; enmudecida aquella lengua que encantaba a las muchedumbres y días enteros las arrastraba en pos de sí. Pero, sobre todo, está sin movimiento, sin latidos, aquel Corazón que cautivaba cielo y tierra, criaturas y Creador. Es ya cadáver el Hijo de María, destrozada está la obra maestra de Dios, rota la lira del Altísimo. No habla ya, no siente, no palpita, *reposa en paz...* Su divinidad suple y, desde el sepulcro mismo, escucha silenciosamente los suspiros, los llantos y gemidos de la Magdalena.

Esta alma eucarística otra vez estuvo de luto cuando murió su hermano Lázaro. Aquel dolor fue preludio de éste; el luto de Betania, preparación del luto del Calvario; pues para los grandes dolores Dios prepara siempre a las almas. Entonces fue un dolor lleno consuelos. Se agrava el enfermo, y el amoroso aviso es dado al Maestro; el Maestro tarda, pero viene; y viene preparado a obrar

grandes cosas. Marta llora, y cuando llora María, Jesús se conmueve, se turba y llora también Él. Aunque el milagro no se hubiera obrado, el haber hecho llorar al Maestro, el haber llorado junto con Él, habría sido sumo consuelo para las amadísimas discípulas, Marta y María. Con el llanto de Cristo, su luto se convertía en luto de paraíso.

VII. Mas no sucede así sobre el Calvario. Allí el dolor es puro; es un *dolor sin consuelo;* la amada discípula llora, pero llora, sola. Jesús es cadáver, incapaz de llanto; hace llorar, pero Él, no llora ya. Sin embargo, cuando la criatura llora sola, esto es, cuando parece desamparada de Dios, entonces el dolor es puro, y por tanto supremo. Si además, aun en este dolor puro y supremo, la discípula es siempre discípula, y la Magdalena siempre Magdalena, sólo entonces su dolor es verdaderamente sublime y raya en lo divino.

¡Oh Gólgota! eres el monte de los dolores puros, pero no de los dolores desesperados; eres el monte de Dios, mas *mons Dei, mons oagulatus, mons pinguis;* monte de Dios, monte cuajado, monte fértil (1). Te faltarán los consuelos, pero no te faltan las esperanzas, ¡oh monte santo de Dios! Y si además toda esperanza es un consuelo, entonces, oh Gólgota, serán tus esperanzas consuelos: *Mons Dei, mons coagulatus, mons pinguis!*

VIII. Allí está *sentada,* es decir, está segura, está tranquila la discípula de Jesucristo, hija privilegiada del amor y del dolor. Es que había oído decir al Maestro: *Ego sum resurrectio et vita;* «yo soy la resurrección y la vida». Su dolor es puro, pero también su esperanza es pura como su fe; y por eso, después de aquella noche, la Magdalena espera el día; después de aquellas ignominias, la gloria; después de aquella Cruz, la redención; después de aquella sangre, la salvación; después de aquella muerte, espera la vida; y de aquel sepulcro espera resucitado a su Señor. Marchará apenas la ley del sábado le obligue a ello, ya que el dolor, cuanto más puro, es más obedien-

(1) Ps. LXVIII, 16.

te; pero marchará solo con el cuerpo; con el espíritu permanecerá allí.

Poned vuestra guardia, oh soldados; poned los sellos de la sinagoga, oh judíos; mas sabed que en torno del sepulcro de Jesús habrá centinelas más vigilantes y sellos más seguros: ¡habrá corazones y almas!...

Marcha la Magdalena; mas su primer pensamiento, puesto el sol en la tarde del sábado, es el de comprar aromas. Marcha la Magdalena, y no osará acercarse mientras la ley lo prohiba; pero apenas esté de nuevo libre, veréis en seguida a la cierva sedienta y herida en su puesto, delante del sepulcro de Cristo.

IX. Amor divino, ¡qué grande eres-

Vedla ahí. «Todavía estaba obscuro», afirma San Juan; «era muy de madrugada», dice San Marcos; «muy de mañana», nota San Lucas. En suma, dice San Mateo; «la noche del sábado, al amanecer el primer día de la semana» (que sería ya junto al sepulcro de Jesús. Mas, ¡oh Dios!... el sepulcro está vacío y descubierto... Corre a dar cuenta de ello a los Apóstoles... torna nuevamente, y llora, y gime y arde de amor y dolor... Pero de allí no se separa: en aquel huerto fue sepultado, en aquel mismo huerto resucitará el Maestro; de allí desapareció, allí aparecerá; y pregunta a los Angeles, y disputa con ellos y con el hortelano...

¡María! ha llegado tu hora. Al escuchar aquel nombre que tantas veces había oído pronunciar, da un grito... un grito sublime. Una palabra sola dijo el Resucitado a la discípula: *¡María!;* y una sola dijo la discípula al Maestro: *Rabboni!* y Dios y el alma, el Creador y la criatura, el Maestro y la discípula se comprendieron, se dijeron todo.

¡Oh almas eucarísticas! cuando el Sábado Santo oigáis el sonido de las campanas, recordaos de la Magdalena y de las piadosas mujeres; ellas fueron las campanas del Calvario, las campanas de la Resurrección; ellas fueron escogidas por el Maestro para llevar la alegre noticia a los apóstoles, a los discípulos a Jerusalén.

Mientras en el cielo resonaba el *aleluya* de los Ange-

les, sobre el Gólgota resonaba también el grito y la exclamación de la Magdalena: *Rabboni! Rabboni!*

X. ¡Oh dolor, ahora te comprendo!... ¡Ahora no eres ya un misterio para mí! Desde el momento que Jesús es hermoso, grande y amable por su dolor, porque es Cordero de Dios, y Crucificado, y Hostia; desde el momento en que Jesucristo es Salvador mío, mi Redentor y mi Paraíso, únicamente porque es Dios del dolor, ahora te comprendo, oh dolor, amigo mío y hermano mío. Tú me azotas para iluminarme; me hieres para sanarme; me abates para levantarme; me humillas para ensalzarme. Porque me amas, me das la muerte; y me das la muerte para darme la vida. Oh dolor, tú me haces hermoso y grande, me haces santo; tú eres mi cincel, mi buril, mi maestro, mi médico, mi sacramento, mi bautismo. Por ti soy penitente, crucificado y mártir; por ti soy víctima y hostia, en todo semejante a Jesús. Sí, semejante a Jesucristo, mi Salvador, que sufre y muere en mí, para resucitar en mí y conmigo.

Ahora comprendo por qué hoy, después del misterio del Gólgota, todas las almas grandes han colocado allá arriba su morada; sentadas allá arriba junto a las Marías, todas las almas más puras, más bellas, más santas, han sido flores del Calvario, tabernáculos del Calvario, perfume, aroma e incienso del Calvario.

XI. He ahí por qué hoy el espíritu de *reparación* es la luz más pura, el fuego más sagrado y el aroma más suave de la piedad eucarística moderna. *Reparar* es hoy la gloria más grande, la ambición más santa y el deseo más ardiente de las almas verdaderamente eucarísticas. *Ser reparadores* es hoy el incienso más oloroso, el aroma más grato, el agua más fresca que recibe el Corazón Eucarístico del Dios ignorado, ultrajado, sediento, de nuestros Tabernáculos. Es fe, amor, nobleza, generosidad, gloria y especial característica de nuestros tiempos, el espíritu de *reparación*. Las almas reparadoras son hoy ya innumerables; es la necesidad de los tiempos.

Entre estas almas elegidas, consagradas a la reparación, dos sólo quiero nombrar relativamente contemporá-

neas, las cuales fueron escogidas por Dios para ser Madres de vírgenes eucarísticas, puras y blancas como su vestido. Se llamaron las dos Marías de Jesús, y ambas murieron en olor de santidad y están en camino de llegar a los honores de los altares. La una fue la Madre María de Jesús (Emilia d'Oultremont, baronesa viuda d'Hooghvorst); la otra, María de Jesús (María Deluil-Martiny) (1). La primera instituyó las Religiosas bajo el título de *Sociedad de Santa María Reparadora;* la segunda fundó las *Hijas del Sagrado Corazón de Jesús.* Unas y otras son vírgenes eucarísticas, que se abrasan y consumen en torno del Santísimo Sacramento perennemente expuesto en sus iglesias; unas y otras son víctimas que se ofrecen, que aplacan y reparan y se inmolan en unión con la eterna Víctima de los altares, por los pecados del mundo, y especialmente por los de las almas consagradas al Señor. Y ¡circunstancia singular! las dos Madres plantaban las raíces de su Instituto en un día de María Inmaculada.

XII. La Madre Emilia d'Oultremont, el inmortal 8 de diciembre de 18554, mientras el Sumo Pontífice Pío IX definía en Roma solemnemente el glorioso Dogma de la Inmaculada Concepción, sumergida en un recogimiento y éxtasis profundo, tuvo la clara visión de lo que le pedía la Virgen Santísima. La cual, divinamente afligida porque había subido al cielo, mientras que su Hijo Sacramentado había quedado en la tierra en medio de los ultrajes, del abandono e ingratitud de los hombres, quería que Emilia instituyese una Sociedad de vírgenes que, en torno de Jesús Sacramentado, hiciesen las veces y los oficios de su Madre Santísima, y que fuesen como las pequeñas vírgenes católicas y eucarísticas que, con María, por María y con la ayuda de María, ofreciesen reparación incesante a Jesús.

Y el Instituto de María Reparadora fue fundado, bendecido por Dios y aprobado por su Vicario.

(1) Emilia d'Oultremont nació en Bélgica el 11 de octubre de 1818 y murió en Florencia el 22 de febrero de 1878. María Deluil-Martin y nació en Marsella el 28 de mayo de 1841 y murió allí mismo, asesinada, el miércoles de Ceniza, 27 de febrero de 1894.